



*liliana  
montes lefort*

## **por qué y cómo penetré en el mundo que dibujo**

Aquel 15 de septiembre de 1977 a las once de la noche, mi familia y yo descendíamos en el puerto de Argel donde nos esperaban amigos que se convertirían en una prolongación de nuestras raíces que habían quedado enterradas en la tierra de la Patagonia, a catorce mil kilómetros de distancia. Tratábamos de descifrar en la noche, desde el barco, ese nuevo mundo de sonidos que nos recibía, ya que ninguna lengua nos era conocida. Nuestros hijos nos preguntaban: ¿Cómo es? ¿Qué decirles? Para nosotros el enigma era el mismo, no teníamos respuestas. Ya las habría, luego de los primeros momentos de efusión de los amigos, que tenían cara y nombres propios, como así en otros aeropuertos habían sido otros y luego serían otros que siempre estarían allí en el momento preciso cuando los necesitábamos, dándonos la bienvenida ola despedida.

Estábamos metidos en el cono del enjambre de risas, gestos nerviosos, bromas interrumpidas por preguntas ¿cómo está fulano? ¿mengano?, todo lo que conforma una bienvenida al "uso nuestro" y sirve a los recién nacidos para dar los primeros pasos. Ese primer mes fue como jugar al "tiro al pichón": el que acertaba la frase justa o aproximada daba en el blanco, pudiendo pasar de un ser pensante a uno que además se podía comunicar con los que lo rodeaban. Cada integrante de la familia, por decirlo así, pasó a luchar en su frente correspondiente: la escuela, el trabajo. A la noche ¿cómo esperábamos la gran vuelta al hogar! Entonces el español era recuperado; las experiencias del día caían sobre la mesa, permitiéndonos, esa pausa diaria, seguir la pesada lucha.

En Argelia empecé a recuperar la serenidad poco a poco, para volver a algo que había iniciado hace años atrás: el dibujo, mi medio de expresión.

La realidad superaba siempre mi fantasía occidental. Yo imaginaba, por ejemplo, sacar de un muro de piedra monolítico, donde no cabía más que la dureza y la frialdad de la piedra, un árbol que creciera paralelo al muro, saliendo de él, que además diera frutos y hojas, y que en el extremo de sus ramas en el vacío de diez metros de altura se balanceara, serenamente, un niño; luego, en algún recorrido por la ciudad, allí estaba todo como lo había imaginado. Era más que fantasía, eran como premoniciones que tenía antes de cada encuentro, que se ensamblaban en forma exacta sin dejar resquicios entre la imagen real y la fantástica, como un rompecabezas.

La hoja en blanco se inquietaba dentro de la carpeta, vibraba, cuando por fin llegaba la hora: bajo el foco de mi lámpara ya me esperaban esos personajes que me habían poblado durante el día y que vivían en el área oscura del papel al atardecer. Allí nos habíamos dado cita. Paralelamente al día de descubrimientos allí respiraban otros mundos, y todo era como si yo siguiera líneas existentes, pero invisibles al ojo humano.

Al salir de la ciudad de Argel y dirigirnos por fin al desierto dejando el bullicio de la ciudad, nos salió al encuentro el silencio vestido de ocre y amarillos del desierto, donde manchas puntuales de verde no lograban pesar en ese mar de arena. Aquí las mujeres eran formalmente triángulos de colores que avanzaban sobre el caliente amarillo, dentro de ese triángulo otro más pequeño y oscuro les permitía ver el mundo desde adentro hacia afuera. Mi fantasía en Argel había sido colorear los mantos siempre tan blancos e impecables de las mujeres. Al llegar al Oued estaban esperándome mantos de flores multicolores, rosas, lilas y verdes. Luego en Ghar-daia, el contraste entre el mercado, punto central, y la inmensidad del desierto. El mercado ojo de la ciudad de Ghar-daia, mejor dicho boca, boca que emite sonidos, vértigo dentro de él, vértigo de sentir el Africa en cada objeto. Seres que se deslizan llevando en sus manos manojos de llaves descomunales, que se supone deberían abrir puertas gigantescas para armonizar con ellas.

Alejarse de la boca y a medida que se hace, sucede el silencio, lentamente; poco a poco nos envuelve la paz. El verde no entra por los ojos, nos relajamos con el sonido del agua que corre entre flores; una rana en el desierto, siempre la fantasía que supera la realidad; el agua a borbotones; jazmines que nosotros llamábamos "del país" en nuestro país; granadas que revientan rojas corriendo sus granos jugosos sobre la caliente arena como en aquel verso de Gabriela Mistral, La Reina Granada.

Una niña corre entre la casbah; blanca, es parte de ese blanco paisaje que la rodea; tiene sólo dos manchones en sus

pies y en sus manos, en las que lleva un espejo rodeado de rojo y dibujado con líneas que será el regalo de bodas; este espejo ampliará la luz de la vela dentro de la alcoba, donde será irreal esa noche.

La luna y la estrella colgadas sobre las palmeras en ese cielo azul intenso, símbolos de la bandera de Argelia. Esas mujeres que giran ante el visitante de la ciudad para no ser vistas, para no correr el riesgo de ser descifradas. Un muro donde con letra clara, segura y rápida dice: "El único héroe es el pueblo".

"La Kabil, donde las curvas del paisaje rematan en espigas maduras de trigo y en amapolas, deja ver otras masas de flores también curvadas bajo el peso de la carga que transportan las mujeres; sus figuras aparecen y desaparecen, acercándose y dejándonos ver sus ojos hacia la tierra, y su rostro lleno de tatuajes. Cada tanto vemos el cuarteto que se repite en el paisaje: el hombre en el burro, el perro bajo su sombra y la mujer detrás. Un sombrero de paja se levanta y el rostro metido en él mira al cielo, una mano tatuada hace

sombra a los ojos y la otra busca el apoyo de la cadera y allí se queda, sobre esa mancha de flores que es la falda".

"Todas estas mujeres que no se ven los viernes en la calle, están presentes a través de todo lo que hay en ella, en la presencia de un tapiz, en el niño que corre. Ella reina en sus espacios de la mezquita, en el cementerio, en las fiestas. Nacen, procrean, amamantan, cocinan el cuscús. *Somos una, somos dos, somos un millar*". Esta es la mujer que "Se levantará de la horizontal para elevarse a la altura de los gigantes".

Trabajo sobre ese mundo que fue mío por tres años reales y tangibles, integrado a mí para siempre. Allí encontré símbolos que sólo había que tomar, para luego convertirlos en todo esto que hice y hago. Mundo mágico de mariposas enjauladas, de mujeres que vuelan a la altura de los pájaros para contemplar ese mundo al que pertenecen, al que perciben retraceado por espacios determinados.

Esta es la lucha diaria y la futura de cada mujer, la lucha por el espacio total sin compartimientos; una lucha propia.



sin limitaciones, ni pautas extranjeras. Está presente aunque sea silenciosa, entre mariposas, libélulas que vuelan a su alrededor y aunque las flores sigan saliendo cada año a borbotones morados por encima de los muros, traspasando aquel mundo hermético interior hacia el otro, el exterior.

“Manos gastadas, rojas, gruesas, fatigadas, cargadas de símbolos, flechas, estrellas”. Mi trabajo es un testimonio de esa lucha rodeada de todo lo que existe. Sólo quise comunicarme con todas aquellas mujeres que me lean y comprendan lo que sentí y siento como mujer, al lado de mujeres y con mujeres. Utilizo mi expresión, el dibujo, como herramienta de trabajo para testimoniar sobre sus vidas, sus trabajos. Lo poco que sé lo he puesto al servicio de la mujer.

Los colores vibrantes y contrastantes estaban en la realidad antes de que mis tintas las reprodujeran, ya estaban las manchas de las bugambilias contra el azul intenso del cielo a la vuelta de cada esquina, con curvas ascendentes y descendentes que envuelven las montañas, el mar, las casas.

Así comencé una carrera desenfadada por imaginar de noche lo que podía ganarme de mano a la mañana siguiente, a cualquier vuelta de volante perteneciendo al mundo real antes que a mi mundo fantástico.

Los mantos de las mujeres argelinas son todos diferentes, no hay uno que se parezca a otro y tienen las formas más diversas; la mujer pone siempre en su manto un gesto, un detalle de su personalidad que con ojos de conocedora empecé a descubrir poco a poco. Esos mismos ojos ciegos que la noche del 15 de septiembre no distinguían nada, ahora, como conocedores, descubrían paulatinamente detalles. Mis sentidos agudizados y afinados me permitían percibir hasta un leve pliegue del manto; por los pies determinaba la edad de las mujeres, por la mirada detrás del velo imaginaba su vida y sus sentimientos. Detrás de los altos muros reconstruía mundos; a veces me bastaba un detalle descubierto al azar como punto de partida de toda una historia. Estos mundos me esperaban después de las nueve de la noche sobre el papel; en el día rondaban en mi cabeza: el llamado de la Mezquita era el acento de esos pensamientos. A ese mundo que noche a noche me aguardaba, le bastaba que yo pusiera el primer personaje sobre el papel convirtiéndolo en la llamada silenciosa a otros seres, objetos y espacios que convivían con él en la realidad.

El rostro tras el velo comenzó a ser visible para mí. Me hablaba ese lenguaje que no llegué a entender, pero que poco a poco pude interpretar por los gestos que lo acompañaban más que el significado de cada frase.

Los espacios de la mujer argelina pasaron a ser mis espacios, como mujer. El cementerio, la Mezquita, las largas horas del “tan-tan” en los casamientos o noviazgos, me hacían entrar en la danza. El reposo en el cementerio, donde al aspirar el olor dulzón de la menta penetraba en la fragancia de ese gran jardín final; allí escudriñaba gestos, confidencias y los recuerdos del pasado en cada rostro de mujer, una muerte que no era la mía, sino otra, más accesible, menos ensalzada

cine

## no soy lo bastante hombre para ser madre

Por lo general la “verosimilitud” se da tratando de que los monitos, se parezcan a los personajes de carne y hueso. La película *Popeye*,\* hace exactamente lo contrario. Con recursos espectaculares, Altman y sus maquillistas hacen que Shelley Duval sea igualita a Olivia, Rosario, Olive Oil. Robin Williams, en el papel del padre-madre-marinero Popeye, mantiene un ojo siempre cerrado mientras la pipa la juega constantemente en los labios y aparece con un curioso maquillaje en los antebrazos y brazos.

Robert Altman, director de la película; el caricaturista Jules Feiffer; el músico Harry Nilsson, los que trabajaron los efectos especiales, el maquillaje y el vestuario, hacen de este filme algo más que una película para entretener a los niños, es una solución espectacular de la “verosimilitud” al revés: es decir, se trató de hacer coincidir a los seres humanos con las caricaturas. Voces, actuación, escenografía, diálogos, todo se conjunta para hacer de *Popeye* una película muy especial. Hasta Cocoliso, el bebé que Altman consiguió para hacer este personaje, es estupendo y da pie para la escena más tierna y bella de la película: el villano Bluto, enemigo de Popeye y del pueblo todo, ha raptado al hijo adoptivo del marinero-héroe; Cocoliso pues, ha sido arrancado de los brazos de su “madre adoptiva”, pues eso se considera Popeye respecto del bebé. Popeye se lamenta a solas, en su hamaca; el refugio está en tinieblas; el marino que odia las espinacas entona una balada triste. El acierto de Jules Feiffer entra en acción: Popeye se autoculpa de no saber cuidar a Cocoliso y exclama dolido:

—No soy lo bastante hombre para ser madre.

J M.A.V.

\**Popeye*. Estados Unidos, 1980 de Robert Altman con Robin Williams, Shelley Buvall, Ray Waltson.